

fin de probar sus fuerzas, intentó una escaramuza antes de empeñar la batalla.

Esto se llama reconocer el terreno.

Aconteció una mañana que el señor Gillenormand, á propósito de un periódico que le vino á la mano, habló ligeramente de la Convención, y lanzó un epifonema realista contra Dantón, Saint-Just y Robespierre.

—Los hombres de 93 eran gigantes,—dijo Mario con severidad.

El anciano se calló, y no volvió á chistar en todo el día.

Mario, que tenía presente siempre al inflexible abuelo de sus primeros años, vió en aquel silencio una profunda concentración de cólera, auguró una lucha encarnizada y aumentó en lo recóndito de su pensamiento los preparativos de combate.

En caso de negativa, se arrancaría los aparatos, dislocaría su clavícula, dejaría al descubierto las llagas que aún estaban sin cerrarse y rechazaría todo alimento. Las heridas eran sus municiones. Cosette ó la muerte.

Aguardó el momento favorable con la paciencia propia de los enfermos.

Este momento llegó.

III

MARIO ATACA

Un día el señor Gillenormand, mientras que su hija arreglaba los frascos y las tazas en el mármol de la cómoda, inclinado sobre Mario, le decía con la mayor ternura:

—Mira, querido mío, en tu lugar preferiría ahora la carne al pescado. Un lenguado frito es bueno al principio de la convalecencia; pero después, al irse ya á levantar el enfermo, no hay como una chuleta.

Mario, que había recobrado ya casi todo su vigor, hizo un esfuerzo, se incorporó en la cama, apoyó las manos en la colcha, miró á su abuelo de frente, tomó un aire terrible, y dijo:

—Esto me pone en camino de participaros una cosa.

—¿Cuál?

—Que quiero casarme.

—Lo había previsto,—dijo el abuelo soltando una carcajada.

—¿Cómo previsto?

—Sí, previsto. Tendrás tu chiquilla.

Mario, atónito y sin saber qué pensar, se sintió acometido de un temblor.

El señor Gillenormand continuó:

—Si, verás colmados tus deseos; tendrás esa preciosa niña. Ella viene todos los días, bajo la forma de un señor ya anciano, á saber de tí. Desde que estás herido, pasa el tiempo en llorar y en hacer hilas. Me he informado, y resulta que vive en la calle del Hombre-Armado, número 7. ¡Ah! ¿Con que la quieres? Perfectamente; la tendrás. Esto destruye todos tus planes. Habías formado tu conspiracioncilla, diciendo para tí:—Voy á significar mi voluntad, sin andarme en rodeos, crudamente, á ese abuelo, á esa momia de la Regencia y del Directorio, á ese antiguo pisaverde, á ese Dorante convertido en Geronte. También él ha tenido sus ligerezas, sus amoríos, sus grietas, sus Cosettes. También él ha arrullado y arrasado el ala y comido el pan de los veinte años; será preciso que se acuerde. Vamos á verlo. Batalla. ¡Ah! te has llevado chasco, y merecido. Te ofrezco una chuleta, y me respondes que quieres casarte. Golpe de efecto. Contabas de seguro con que habría escándalo, olvidándote de que soy un viejo cobarde. ¿Qué dices ahora? Estás con la boca abierta. No esperabas encontrar al abuelo más borrico aun que tú, y pierdes así el discurso que debías dirigirme. Vamos, señor abogado, esto es para desesperar. Pues bien, peor que peor; rabia. He seguido la corriente de tu deseo, ¡imbécil! Escucha. He tomado informes, pues también yo tengo mis puntas de socarrón, y sé que es hermosa y formal. Lo del lancero es pura invención. Ha hecho un montón de hilas, vale un Perú, te adora, y si hubieras muerto, habríamos sido tres; su ataúd hubiera acompañado al mío. Desde que te ví mejor, se me ocurrió traértela, así, de buenas á primeras, á la cabecera del lecho; pero sólo en las novelas se introduce de ese modo á las jóvenes en las alcobas donde yacen sus galanes heridos. En la vida real no existe tal costumbre. ¿Qué hubiera dicho tu

tía? La mayor parte del tiempo estabas desnudo. Pregunta á Nicolasa, que no se ha separado de tí un momento, si era posible que una mujer se acercase á tu cama. Y además, ¿qué hubiera dicho el médico? Una joven bonita no es el mejor remedio contra la fiebre. Por último, ¿á qué hablar más de eso? Es negocio concluído; tómala. ¿Te parezco feroz? He visto que no me querías, y he dicho en mis adentros: ¿qué podría hacer para que ese animal me quisiese? Darle su Cosette, y entonces será preciso que me quiera algo. ¡Ah! Te figurabas que el abuelo iba á incomodarse, á dar voces, á gritar. ¡No! ¡A empañar con su cólera toda esta aurora de felicidad! Nada de eso. Cosette y el amor; convenido. Yo no deseo otra cosa. Caballero, tomaos la molestia de casaros. ¡Sé dichoso, hijo de mi alma!

Dicho esto, el anciano prorrumpió en sollozos.

Cogió la cabeza de Mario, la estrechó contra su pecho, y los dos se pusieron á llorar. El llanto es una de las formas de la suprema dicha.

—¡Padre mío!—exclamó Mario.

—¡Ah! ¡Con que me quieres!—dijo el anciano.

Hubo un momento de inefable expansión, en que se ahogaban sin poder hablar.

Por fin, el abuelo tartamudeó:

—Vamos, ya está desenojado; ya ha dicho padre mío.

Mario desprendió su cabeza de los brazos del anciano, y dijo alzando apenas la voz:

—Pero, padre mío, ahora que estoy bueno, me parece que podría verla.

—También lo tenía previsto. La verás mañana.

—¡Padre mío!

—¿Qué?

—¿Por qué no hoy?

—Sea hoy; concedido. Me has dicho tres veces

«padre mío», y váyase lo uno por lo otro. En seguida te la traerán. Lo tenía previsto, créeme. Esto ha sido ya puesto en verso. Es el desenlace de la elegía del *Enfermo* de Andrés Chenier, de Andrés Chenier, á quien degollaron los malva..., los gigantes de 93.

Figurósele al señor Gillenormand percibir un ligero fruncimiento de cejas en Mario, quien, á la verdad, debemos decirlo, ya no le escuchaba, sumido en amoroso éxtasis, y pensando mucho más en Cosette que en 1793. El abuelo, temeroso de haber introducido tan fuera de tiempo á Andrés Chenier en el diálogo, repuso con precipitación:

—Degollaron, no es la palabra propia. El hecho es que los grandes genios revolucionarios, que no eran malvados; esto es incontestable; que eran héroes, ¡pardiez! conocían que Andrés Chenier los molestaba un poco, y le hicieron guillot... Es decir, que esos grandes hombres, el 7 de termidor, por interés del bien público, suplicaron á Andrés Chenier que se dejase...

El señor Gillenormand, cogido, como quien dice, entre dos fuegos por su propia frase, no pudo continuar. No acertando á concluir ni á retractarse, aprovechó el instante en que su hija arreglaba la almohada de Mario, y trastornado con tan vivas emociones, se lanzó tan aprisa como se lo permitieron sus años fuera de la alcoba, cerró la puerta tras de sí, y encendido el rostro, sofocado, echando espumarajos por la boca, desencajados los ojos, se encontró cara á cara con el buen Vasco que limpiaba las botas en la antecámara, le cogió del cuello y le gritó furioso:

—¡Por todos los diablos del infierno! ¡Sí! ¡Le asesinaron esos bandidos!

—¿A quién, señor?

—A Andrés Chenier.

—Sí, señor,—se apresuró á decir Vasco asustado,

IV

DONDE SE VERÁ QUE LA SEÑORITA GILLENORMAND SE CONFORMÓ AL FIN CON QUE EL SEÑOR FAUCHELEVENT ENTRASE LLEVANDO UN BULTO DEBAJO DEL BRAZO.

Cosette y Mario se volvieron á ver.

Renunciamos á describir la entrevista. Hay cosas que no son del dominio de la pintura; el sol, por ejemplo.

Toda la familia, incluso Vasco y Nicolasa, estaba reunida en el cuarto de Mario cuando entró Cosette.

Apareció en el umbral; diríase que la rodeaba una aureola.

Precisamente en aquel instante iba á sonarse el anciano, y se quedó parado, cogida la nariz y mirando á Cosette por encima del pañuelo.

—¡Adorable!—exclamó.

Después se sonó estrepitosamente.

Cosette estaba embriagada de placer, medio asustada, en el cielo. Tenía ese azoramiento que da la felicidad. Balbuceaba, ya pálida, ya encendida, queriendo echarse en brazos de Mario, y sin atreverse. Avergonzabase de amar delante de tanta gente. No hay compasión para los amantes dichosos; se está junto á ellos cuando más desearían verse solos. ¿A qué necesitan de todas esas personas?